

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES



Invierno 1536.

Había casi un metro de nieve. En la despensa de la Valleta solo tenían tres panecillos y cien estómagos vacíos que esperaban ansiosos la comida del medio día. Bajar al pueblo era imposible, el camino oculto bajo la nieve, garantizaba cualquier desgracia. Descender era una locura.

¿Qué hacer?

"Hijos, - dice el Padre Jerónimo - confiemos en Dios. Él que alimentó a los hebreos en el desierto, que dio de comer a la muchedumbre que le seguía, con sólo cinco panes; él que bendice a todas las criaturas y dá de comer a los pájaros y a los animales de la Tierra, también se preocupará de nosotros."

Todos se animan y se acercan hambrientos a la mesa. Se sientan en sus sitios. Padre Jerónimo se arrodilla, reza; después se levanta, coge aquellos tres panes, hace la señal de la cruz y los coloca confiado en el mandil que lleva puesto. Va dando un pan a cada niño, su mano una o otra vez entra vacía al mandil y sale con un pan que con amor va repartiendo. Todos y cada uno ha recibido un correspondiente pan. Incluso han sobrado.



¡Qué sabroso está el pan! Es el pan del milagro, tanto es así que las migajas recogidas, y guardadas por el buen Martín, un huérfano que más tarde se ordenó sacerdote, curaba a los enfermos, humedecidas con un poco de agua normal.

